

## Cartas sin notas

### *X se escribe con J*

JOTAMARIO ARBELÁEZ Y  
JAIME JARAMILLO ESCOBAR  
Eafit, Medellín, 2018, 154 pp.

LA PRIMERA de las cartas que componen este libro está fechada el 20 de septiembre de 1962, cuando Jaime Jaramillo Escobar tenía 30 años y Jotamario estaba apenas por los 22. Si hubo correspondencia anterior entre los dos escritores, y parece que sí, no está incluida en el libro, quizás porque, como muchos otros papeles, terminó perdiéndose. Los nadaístas, no solo estos dos, se enviaron infinidad de cartas y fueron prolíficos en la producción de textos, y no se preocuparon por guardar todo, tal como le sucedió a buena parte de los escritores anteriores al disco duro, la nube y el aséptico mundo de lo electrónico. El mismo Arbeláez, en una carta a Jaramillo, que hace las veces de prólogo o presentación, anota:

Aquí estoy con mi mujer que me masajea y una perra que me está enseñando a ladrar y las 20 cajas que me quedan de los archivos del nadaísmo a partir de las que tuviste a bien obsequiarme, por allá el año 70, de donde tantas sorpresas han emergido. Y eso que a la Biblioteca Piloto doné otras tantas, que son hoy asombro y deleite de los jóvenes. La Biblioteca Luis Ángel Arango está en pos de adquirir el resto creciente, porque aún de los que murieron cada día surgen páginas nuevas. (p. 10)

Lo cierto es que la primera carta es de 1962 y la última de 1984. ¿Por qué el libro comienza y termina en esas fechas? No está claro. Puede ser porque, como decía renglones arriba, entre movimientos de cajas y archivos, las demás cartas se perdieron, pero también puede —y debe— haber una decisión curatorial de la que el lector jamás se entera. Es como si lo sentaran a leer de chorro estas 52 cartas (53 si incluimos la de presentación) sin darle mayor explicación, sin ponerlo al tanto de nada. ¿Por qué estas y no otras? ¿Por qué de estas fechas? ¿Por qué hay saltos larguísimos —de años y años—

entre algunas? ¿Acaso esos baches estaban ocupados por cartas que no se incluyeron en el libro? ¿Y por qué no se incluyeron? En un texto que no puede ser más insulso (y poco claro), Claudia Ivonne Giraldo y Carmiña Cadavid Cano, las editoras, se limitan a anunciar: “Hemos rescatado estas cartas, de cuyo conjunto faltan más, confiadas a nosotras por el maestro Jotamario Arbeláez” (p. 7).

La idea es hermosísima. Publicar la correspondencia entre dos autores clave en la poesía colombiana del siglo XX, y que además están enganchados —uno más que otro, me parece— con el nadaísmo, uno de los poquísimos movimientos literarios netamente colombianos, ayuda a llenar huecos de nuestra poco documentada historia literaria. Digo más: cuando el lector acepta que no hay más información, y que el libro son estas cartas y ya, la lectura se va tornando placentera y las imágenes comienzan a aparecer: la de un Jotamario Arbeláez aún jovencísimo al que le proponen que se convierta en la nueva cabeza del nadaísmo, la de un Gonzalo Arango que se acerca cada vez más al establecimiento ante la mirada incrédula y aterrada de sus seguidores, la de un grupo de escritores que hacen de todo para sobrevivir, la de un Jaime Jaramillo que le propone a Jotamario trabajar en publicidad (lo que al fin sucedió), la de una rebeldía que hoy parece naif...

Las cartas son de una altísima belleza. En ellas se leen cosas como estas, de Jaime para Jotamario: “El mundo entero está contra los poetas. Pero los poetas, nerviosos, muerden” (p. 100). De Jotamario para Jaime: “Por un poema se conoce cómo hace el amor su autor (cuando no se lo hace al lector)” (p. 82). De Jaime para Jotamario: “Escribir, te respondo, no es un deber ni una misión ineludible, tú sabes que es un vicio y una falta de plata y de otra cosa qué hacer. Si no es esto una enfermedad o cualquier cosa mala. Por eso digo que es una monstruosidad, una deformación, algo así. Un ruido en las orejas” (p. 31). De Jotamario para Jaime: “Qué problema los padres. Ellos lo traen a uno a esta vida y uno los echa del mundo. Uno no debería ser hijo de sus padres sino de su peor enemigo. Todo entonces sería correcto, y el mundo entero cantaría.

Y no habría médicos, psiquiatras...” (p. 42).

Lo que le faltó al libro, aquello que lo hubiera hecho una joya, es lo que se conoce como paratextos: todo aquello que acompaña al texto principal, en este caso a las cartas, y que es, digámoslo así, lateral: epílogos, introducciones, epígrafes, notas al pie, ilustraciones, exlibris, etc. Algunos libros apenas si los necesitan, pero otros los requieren más. *X se escribe con J* carece de una introducción o un prólogo que ubique al lector y le haga entender, como lo decía anteriormente, las ausencias y decisiones tomadas. Pero hay otras carencias, también paratextuales.

En sus cartas, Jotamario Arbeláez y Jaime Jaramillo Escobar hacen referencia permanente a revistas, editoriales, escritores, lugares, amigos y enemigos. Los nombran sin ninguna explicación: bien saben de qué hablan, al fin y al cabo el tono de estas cartas es íntimo, de dos buenos compinches. Pero han pasado 58 años desde la primera carta y 36 desde la última. El mundo ha cambiado, y algo más: los lectores, se supone, no son ni nadaístas ni amigos de ninguno de los dos poetas. Es decir, no tienen por qué tener la menor idea de quién es (era) fulanita ni de dónde queda(ba) tal lugar, ni mucho menos de si un nombre hace referencia a una editorial, a una revista o a un libro. Junto a las primeras cartas aparecen algunas tímidas notas al pie que dicen qué es qué sin dar muchos detalles, pero después dejan de aparecer y jamás vuelven. Entonces al lector le quedan dos opciones: o continúa leyendo Google en mano, para ir consultando cuando sea necesario y no perderse la sustancia de lo que los dos poetas hablan, o sigue derecho e intenta entender lo que pueda y supone el resto. ¿Por qué las editoras no hicieron la tarea completa y dotaron las páginas del libro de unas notas bien suculentas en los lugares indicados? ¿Por qué más o menos lo hicieron en las primeras páginas y no siguieron? Repito: el material es una joya; mas no bastaba con hacerlo libro: aquí la presencia paratextual de las editoras sí que era necesaria.

“Desde hace algún tiempo se hace evidente que Gonzalo ya no es de los nuestros. Es de los otros. Aunque

a veces se asome por las ventanas a nuestros jardines prohibidos. A causa de lo cual mandé cerrar las ventanas” (pp. 106-107), le escribe Jaramillo a Arbeláez, el 6 de junio de 1969, apenas unos meses antes de que Arango abandonara el nadaísmo para siempre. En muchas de las cartas que componen este libro se pueden rastrear los motivos que llevaron al escritor a tomar aquella decisión y cómo la tensión interna jugó un papel fundamental. Muy difícil cerrar *X se escribe con J* sin preguntarse qué habría sido de Gonzalo Arango si no hubiera muerto en 1976: ¿un gurú espiritual?, ¿un gran poeta?, ¿un publicista?, ¿o de nuevo la cabeza de un nadaísmo renovado y refrescado? Vaya uno a saber.

**Andrés Arias**